

APLAUSOS PARA MARIO PASCO COSMÓPOLIS (1940-2014)

CHEERS FOR MARIO PASCO COSMÓPOLIS (1940-2014)

Mario Pasco Lizárraga*

Ex miembro del Consejo Directivo de THĒMIS

Dentro de muy pocos días, Paul McCartney tocará un concierto en Lima. Iré a verlo con buenos amigos, y estaré pensando, como lo hago en este momento, que si la música de los Beatles me gusta tanto, es en buena parte porque la escuché desde muy niño. Quien la ponía era mi Papá, porque a él le encantaba, pero también —estoy seguro— porque quería que a mi hermano Iván y a mí nos gustara. De otro modo, “Yellow Submarine” no habría sonado tantísimas veces en casa.

Es que a mi Papá, Mario Pasco Cosmópolis, le gustaban muchas cosas pero, por sobre todo, disfrutaba **enseñar**: Transmitir a los demás lo que él conocía, gustaba o sabía.

Por eso dictó clases en nuestra Facultad de Derecho durante décadas, y esa es la explicación de que una de sus anécdotas favoritas fuera haber visitado un Juez para abogar una causa, y terminado improvisando una charla para el personal del Juzgado, a pedido de aquél. Por eso escribía incansable y permanentemente. Visitarlo un sábado por la mañana garantizaba encontrarlo redactando artículos o ponencias que, luego, sustentaría en las docenas de congresos de los que participó, a los que dedicó la inmensa mayoría de sus frecuentes viajes. No es coincidencia que tamaño emulsión entre trabajo y descanso —largas jornadas, sábados, domingos y vacaciones—, se haya producido respecto de una materia que se ocupa precisamente de ello, y a la que dedicó su vida.

Saliendo de una niñez vivida en familia grande —con tres hermanos: Nena, Jorge y Martha—, quedó huérfano de padre; dejó el inconfundible silencio nocturno de Puerto Eten (donde nació) y la disciplina del Colegio Manuel Pardo de Chiclayo, por el bullicio de Lima y la batahola intelectual de la PUCP.

Para él, tuvo que ser una perspectiva abrumadora llegar a una ciudad como Lima, en la que casi no tenía conocidos, para empezar una carrera sin vínculos o conexiones ni, ciertamente, dinero. Su respuesta fue trabajar y esforzarse, y el resultado fue posicionarse de a pocos como uno de los abogados más reconocidos de nuestro medio.

Su tesis fue en Derecho Laboral (la, para él, artificial distinción entre obreros y empleados). Sus primeros trabajos, en la oficina de relaciones de trabajo de una empresa y en la de Defensa Gratuita del Ministerio de Trabajo. Luego de ello, se aplicó al ejercicio asociado de la profesión, el cual extendió, literalmente, hasta el día anterior a su fallecimiento. Sólo lo suspendió dos veces —durante un año en cada oportunidad— para servir en cargos públicos, pero su dedicación no fue, en modo alguno, exclusiva: Baste para comprobarlo su participación en la fundación de la Sociedad Peruana de Derecho de Trabajo y de la Seguridad Social, hace ya más de veinticinco intensos años, y su pertenencia a la Academia Peruana de Derecho y a la Academia Iberoamericana de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social, en ambas como miembro de número.

Todo ese tiempo, el medio siglo que dedicó al Derecho del Trabajo, compartió sus razonamientos dictando, escribiendo, debatiendo, con alumnos y colegas. Su urgencia por transmitir, entonces, lo define como jurista, pero pienso que también —y de allí mis primeros párrafos— como persona.

Porque, habiendo sido abogado a **vida completa**, también logró estar plenamente presente y ser determinante en nuestra familia. Aunque trabajara muchísimo, y aunque lo hiciera también los fines de semana, supo dedicarnos tiempo y atención, de modo tal que su

* Abogado. Miembro de la Sociedad Peruana de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social. Socio de Rodrigo, Elías & Medrano Abogados.

influencia no se limitó a los Beatles o al Derecho (para mí). Lo mismo sucede con Beethoven y Mozart, el fútbol, Brasil y su música, Buenos Aires y sus librerías, correr olas “a pechito”, el cine de calidad y también el de espectáculo, las novelas de espías o detectives y un sinfín de cosas que casi inconscientemente encontré —a veces en etapas de la vida muy posteriores— interesantes y buenas, al haber visto cómo él las disfrutaba con mi Mamá, a lo largo de sus cuarenta y tantos años de matrimonio.

También porque, aunque a lo largo de toda su vida continuó acumulando apegos, sin pausa, me queda claro que sus vínculos más cercanos los hizo en la Universidad, y que pertenecen a dos “escenarios”: El Derecho y el teatro. Sin incurrir en desatención con las decenas de amigos que tuvo y cultivó, es un hecho que un puñado de ellos permaneció a lo largo de largos años y, en algún caso, extensas distancias, formando, por repetición, pequeños ritos y cofradías, como las de sus cumpleaños, o los recibimientos del Año Nuevo. Podían cambiar las circunstancias y los tonos —a veces festivos o pintorescos, otras veces de mucha tranquilidad—, pero lo importante, que eran las personas y la franqueza de sus afectos, persistieron y subsisten.

Atribuyo esa capacidad de generar cariño a tres características de mi Papá: Su inteligencia, su honestidad y su calidez, que son a la vez los atributos por los que lo extrañaremos más.

Su claridad de pensamiento era especialmente efectiva en su profesión; en especial para la enseñanza, pero no sólo para ella. Era capaz,

primero, de detectar con precisión quirúrgica el núcleo de una discusión y, después, de exponer su posición al respecto en forma muy simple, de modo que siempre era entendida por quien lo tuviera al frente. Al escribir, se exigía a sí mismo, además, concisión monacal para asegurar que el mensaje fuera efectivamente leído.

Su decencia le redituó vivir en paz, con la conciencia de nunca haber recurrido a malas artes para ganar un proceso; por convicción propia y, también, por el producto de ésta, graficado en que ni siquiera era destinatario de pedidos o propuestas cuestionables. Asesoró y defendió empresas con todo vigor, pero paró en seco a más de uno de quienes trabajamos con él con un rotundo (y aderezado): *“¿Este señor tiene la razón, o no la tiene? Porque si la tiene, tenemos que informar que se le tiene que pagar, y punto. Acá nadie viene para despojar a nadie, y menos a un trabajador”*.

Lo último, la calidez, no se puede narrar. Pero quienes lo conocimos la continuamos sintiendo con exactitud, en el recuerdo de su voz o, en mi caso, en mi mano cuando acaricia el pelo de mis hijos, o en algún sueño en el que él, siempre, me está apoyando.

Tuve el inmenso privilegio de haber pasado con mi Papá no sólo mi niñez, sino también toda mi vida profesional, hasta hace poco más de un mes. No es una suerte común, y aunque me haya dado una pena enorme no haberlo tenido hasta anciano, nada puedo hacer sino agradecer por él. Me consta que mi Papá tuvo y dio una vida plena, mucho trabajo, mucha felicidad y mucho amor; y no puede pedirse más.